

protegermos en los peligros, consolarnos en las miserias de la presente peregrinacion; y haz que tambien nosotros oigamos repetir las dulces palabras que has dicho á otras almas y á otros pueblos: *Videns vidi afflictionem populi mei. et ascendi liberare eos.*

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO II.

Super omnem gloriam protectio.
La proteccion es sobre toda gloria.
(ISAÍ. IV, 5.)

Hablar de las grandezas y excelencias de María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre ha sido asunto apetecido de los oradores cristianos como proporcionado para dejar correr las venas de la elocuencia, porque una materia copiosa dá mucho vuelo á la pluma y á la lengua; y los adornos del arte se vienen casi á la mano para tejer la corona á esta Hija de Jerusalén, á esta Virgen de Sion, á esta Reina de las gentes, á esta Señora del mundo escogida entre millares desde la eternidad, para delicia y complacencia del mismo que la crió. Desde el principio del cristianismo han mirado los fieles á esta inmaculada Virgen con el respeto debido á su dignidad y con una segura esperanza en su Patrocinio. La han mirado como superior á todos los escogidos, elevada sobre todos los ángeles, emperatriz soberana de Cielos y tierra, madre cariñosa para todos sus hijos y abogada poderosísima con el Dios de la gloria. De donde ha nacido en todos tiempos acudir en los trances apurados al altar de sus piedades, con la experiencia constante de haber hallado el remedio deseado en todas las aflicciones.

Como María Santísima fué dada por el mismo Jesucristo en persona del evangelista Juan á toda la Iglesia militante por Madre verdadera de sus hijos, Ella ha hecho siempre alarde de este amoroso título sobre todos los timbres y blasones que la ennoblecen. Ella es, á la verdad, la fuente sellada de los Cantares, el paraíso de las delicias, el arca del testamento, la nube de Elias, el iris de paz y de alianza, la estrella del mar, el lucero de la mañana, la luna llena, el sol resplandeciente: Ella es la Reina de los ángeles, la maestra de los apóstoles, la corona de los mártires, la luz de los doctores, el ornamento de las vírgenes;

pero, sobre todo, Ella es la abogada, la protectora, el refugio, la Madre de los pecadores; y en este carácter de piedad y de dulzura tiene cifradas sus delicias y su gloria: *Super omnem gloriam protectio*. Jesucristo es el mediador de los hombres para con su eterno Padre: María es la mediadora de los hombres para con su divino Hijo: Jesucristo muestra á su Padre su costado y sus llagas; María muestra á su Hijo su corazón y sus pechos: Jesucristo, no obstante que es nuestro salvador y nuestro hermano, es también nuestro juez y nuestro Dios; María siempre es nuestra Madre y Madre de piedad y de misericordia. ¡Oh dicha de los cristianos! ¡Oh consuelo de todos los hombres! La Madre del Criador es Madre de las criaturas; la Reina de los Cielos es la protectora del mundo; y el Templo del Espíritu Santo es el asilo de los pecadores. ¿Qué lengua podrá hablar dignamente de esta excelentísima criatura? ¿Qué facundia y elocuencia será proporcionada á su majestad y grandeza? Más valiera cubrirnos el rostro con un velo, y adorar en silencio lo que no es dado comprender al entendimiento humano. Yo no haré más que trazar algunos breves rasgos acerca de su poderosísimo Patrocinio, y poneros á la vista unas pruebas sencillas, pero convincentes, del poder grande de María en dispensar favores á los que acuden al trono de su clemencia, con una voluntad liberalísima en comunicar estas gracias á todos sus hijos y devotos verdaderos. Saludémosla ántes con las palabras del arcángel: A. M.

Por más que los santos y los ángeles que asisten al trono del Altísimo sean poderosos con el Rey de la gloria, podemos decir, que todo su poder y valimiento no pasa de una súplica humilde y de una representación filial que hacen al Padre de las misericordias. Por más confidentes que sean de aquel supremo Monarca, ninguno tiene la llave del corazón del príncipe, ni los sellos reales de aquel palacio. No hay allí ningún José tan ensalzado, que con solo abrir su boca lo disponga todo á su voluntad y á su arbitrio; ni ningún Mardoqueo tan favorecido, que sea dueño absoluto de la vida y de la muerte. Este privilegio estaba reservado para otro personaje más alto; esta gracia es peculiar solamente de la Madre del mismo Rey, de la suprema dignidad de aquella corte, de la dominadora del Cielo y de la tierra, y de la Esposa escogida, á quien el Esposo divino se ha dignado entregar el mando y el imperio de cuanto existe. Esta Esther dichosa goza de inmensa amplitud en sus fueros; y esta discreta Abigail se ha ganado el corazón del príncipe de las eternidades; y no hay

que pensar que baje á los hombres gracia alguna del Padre de las luces, sin que pase primero por manos de María. Los santos son hijos; María es madre; y por solo este título no hay para la Señora dificultad que no venza, imposible que no facilite, obstáculo que no supere, secreto que no penetre, nublado que no disipe, amargura que no mitigue, indignación que no aplaque, ni negocio que no disponga según su voluntad soberana.

Ya sabemos, hermanos, que Jesucristo es toda nuestra esperanza, nuestra salud y nuestra vida; ya sabemos que Él es la hostia pacífica y propiciatoria, la víctima de reconciliación y de paz y el medianero entre Dios y los hombres; que su sangre lavó las manchas del pecado, borró el decreto de maldición, venció al demonio, triunfó de la muerte, nos abrió las puertas del Paraíso, y nos dió acceso al reino de la gloria; y que las llagas que conserva en su cuerpo son otras tantas bocas que piden por nosotros, y nos alcanzan todas las mercedes, gracias y bendiciones bajadas del sólio del Eterno. Pero, como además de estos oficios de mediador y de abogado ejerce también los derechos de Señor y de Juez, los hombres, poseídos de respeto, de temor y de vergüenza, parece que no se atreven á pedir con libertad al mismo á quien tienen agraviado y ofendido de tantas maneras. Nuestra misma ingratitud y nuestra rebeldía son cadenas que nos atan, barreras que nos detienen, y no nos dejan llegar al tribunal de un Señor, que es todo santidad, todo equidad y justicia, todo hermosura y pureza. De ahí nace nuestra detención y encogimiento. Pero este empacho que tenemos con el Hijo, no le tenemos con la Madre. No sé qué pasa respecto de la Virgen santísima con los cristianos; su nombre solo regocija el corazón, dilata el espíritu, ensancha el pecho, ahuyenta el miedo, esfuerza la esperanza, dá brios á la flaqueza, y ninguna dificultad encontramos en acudir al trono de esta Señora; trono de clemencia y de bondad, de gracia y de misericordia. Como sabemos que Dios la ha constituido Madre y abogada de todos los pecadores, y le ha dado las llaves de su poder sobre las obras de sus manos, á Ella recurrimos en las necesidades y ahogos, con una firme esperanza de hallar favorable despacho á nuestras peticiones y ruegos. Esta conducta también es de grande complacencia para su divino Hijo, puesto que Él ha puesto en manos de su amantísima Madre el tesoro de sus bienes y la distribución de sus gracias.

A la manera de aquellas nubes benéficas, que oscureciendo el sol en los días de julio ó agosto cuando está en su mayor altura, y desatándose en copiosa y saludable lluvia templan el ardor del estío, re-

frescan la abrasada tierra, y alientan á la naturaleza extenuada y enardecida con los continuados intensos calores; así se verifica puntualmente con el Sol de justicia, Jesucristo, y la Nube de la gracia, María, Señora nuestra. El Señor, ofendido de tantas iniquidades como reinan en el mundo, toma en su mano el rayo de su justicia para castigarnos; pero, luego que María, su amantísima Madre, interpone su mediación poderosa, que ruega, suplica, insta, se empeña y toma á pechos la causa de sus hijos y devotos, al momento se dá por vencido y aplaca su enojo. ¡Cuántas veces ha amagado con sus iras y ha empezado á afligir al mundo con la copa de su justa indignación, y María santísima ha sido la medianera eficaz, la firme protectora, la poderosa á detener el brazo omnipotente que estaba para descargar sobre nuestras cabezas! ¡Oh poderosísima Virgen! Vos habeis sido mil veces la Esther piadosa con el divino Asuero, la Abigail prudente con el ofendido David, el iris de paz en medio de las más deshechas tormentas, el remedio de todos nuestros trabajos y la fuente de nuestras felicidades.

Confieso, desde luego, que la renovación del mundo se hizo por Jesucristo, quien le lavó con su sangre, le enriqueció con sus méritos y le transformó con su gracia. Empeñado todo un Dios en traer fuego á la tierra, era indispensable que ardiese, que se encendiese en llamas de caridad y amor puro, que se consumiese la herrumbre de las pasiones, y brillasen las virtudes en todo su esplendor y hermosura. Pero ¿quién podrá disputar á María la gloria de haber sido el taller en que se formó esta obra, el manantial de que brotó esta fuente, y el árbol que produjo este fruto de salud y de vida? San Bernardo no se detuvo en atribuir á la purísima Virgen estos efectos prodigiosos. Quitá el sol, dice este padre: ¿dónde encontrarás el día? Quitá de en medio á María, y no hallarás sino oscuridad horrible y densísimas tinieblas de culpas y de pecados. ¿Quién dió valor á la pobreza sino María, que á semejanza del Hijo no tuvo donde reclinar la cabeza? ¿Quién exaltó la humildad sino María, que siendo elegida para Madre de Dios quedó abismada en su propio conocimiento, y se confesó esclava vilísima del Señor? ¿Quién dió realce á la paciencia sino María, que combatida por un tropel de adversidades como por otras tantas olas, se mantuvo firme como un peñaseco sin despegar sus labios para la queja? ¿Quién coronó la virginidad sino María, que tembló á la vista de un ángel por tener aspecto de hombre, que hizo de su cuerpo y de su alma un dulce holocausto al Altísimo, y vino á ser digno templo del Espíritu Santo y sagrario del Verbo eterno encarnado?

Desde que María sembró la semilla limpia de la virtud en el campo de la Iglesia, se sofocó la cizaña enemiga; los vicios se avergonzaron de comparecer delante de esta criatura, que todo era santidad; la discordia, la venganza, la avaricia, la disolución, la lujuria, y todas las fieras del abismo se retiraron á las grutas y cavernas infernales, y no osaron hacer frente á esta invencible exterminadora del reino del pecado. Mil escuadrones de almas justas, atraídas del olor de sus aromas, corrieron á alistarse en las banderas de María; y esta doctora universal y silla de la Sabiduría eterna, á unos les inspiraba el celo como á los apóstoles, á otros les infundía el valor como á los mártires, á estos los animaba al rigor y penitencia como á los anacoretas, á aquellos persuadía la honestidad y el recato como á las vírgenes, y á todos daba las más sublimes enseñanzas aprendidas en la escuela del Cielo. De esta manera mudó el mundo de semblante, y el que era una sentina de inmundicias, pasó á ser un jardín ameno y delicioso.

Pedid, madre mía, dijo Salomón á su madre Betsabé, pedid, madre mía, que vuestra boca será medida: estoy resuelto á dejaros airosa en vuestras solicitudes y pretensiones. Ya sabeis que soy el rey más grande, más opulento, más glorioso de Israel; pero ni la majestad del trono, ni el brillo de la púrpura, ni el resplandor del cetro y de la corona os desaliente, nada os detenga ni os acobarde: pedid cuanto os pluguiere, que quiero complaceros y llenar los votos y deseos de vuestro corazón. Por esta vez me olvidaré de los derechos de príncipe; me acordaré solamente de que soy hijo vuestro y vos sois mi madre, y no os negaré cosa alguna de cuantas me pidáis. ¿Es Salomón el que así habla á Betsabé, ó es Jesucristo quien dirige estas palabras á María? Verdaderamente este es el lenguaje amoroso del Hijo de Dios para con su santísima Madre cuando ésta ruega por los pecadores. Vos sois mi Madre, le dice el Señor de la gloria; de la sangre purísima de vuestras entrañas se formó mi cuerpo, y salí á la luz del mundo vestido con las ropas de la humanidad; á vos os debo, en algún modo, el nacimiento y la vida. Yo me alimenté en mi niñez con la leche de vuestros virginales pechos, descansé mil veces en vuestros castísimos brazos, y fui el objeto de vuestro esmero y cuidado todo el tiempo de mi mortalidad. Por ahora me olvido de todos los blasones de mi gloria, dejo á un lado los títulos de mi eterna generación, el carácter de mi alta soberanía: me revestiré de la mansedumbre de un cordero, me acordaré de que soy hijo vuestro, y no podré negarme á vuestras peticiones y ruegos.

¡Oh expresiones las más tiernas! ¡Oh lenguaje el más suave! ¡Oh demostracion la más dulce del eterno Verbo con su amantísima Madre! ¡Y cómo desterrais mis temores, disipais mis tristezas, me infundís aliento y confianza en el Patrocinio de esta poderosísima Reina! ¿Qué pediremos á esta Señora que no nos conceda con mano franca? Vosotros mismos podeis hablar por experiencia en este punto. Si os hallais afligidos de cualquier accidente trágico que sobrevenga en vuestras casas y familias, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Virgen? Si el Cielo os niega los rocos oportunos para las huertas y campos, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Virgen? Si la enfermedad os postra en el lecho del dolor, cuando ya se han agotado todos los recursos humanos, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Virgen? Si las pasiones os combaten con su violencia; si el demonio os instiga con sus diabólicas tramas; si el lazo del pecado, de la tristeza y de la desconfianza os aprieta y os aboga, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Virgen? En todas nuestras angustias, calamidades, trabajos, infortunios, y miserias, el Patrocinio de María no es el remedio universal de todos los afligidos?

La ciega gentilidad, vanamente persuadida de que un Dios solo no bastaba á cuidar de todos los negocios y urgencias de los mortales, multiplicaba sus númenes, y á cada cual veneraba como poderoso en su respectivo atributo. Pero nosotros nos reimos de los delirios y embustes de los paganos, y tenemos en María, Señora nuestra, el acierto en cuanto pongamos la mano. Si navegamos, María es la estrella que dirige el rumbo; si estudiamos, María es el oráculo de nuestras dudas; si guerreamos, María es la generala de nuestras huestes; si caminamos, María es la conductora y la guía de nuestros pasos; si dormimos y reposamos, María es la centinela que guarda nuestro lecho, y no permite que el demonio del día ni de la noche moleste la fantasía del que descansa. ¿Y cómo pagaremos á esta gran Reina tales y tan innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos míos; no nos pide que surquemos los mares ó que escalemos los Cielos; solo nos pide la reforma de la vida, el odio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, la imitacion de Jesucristo, un corazón recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales; este es el sacrificio que acepta, la devoción que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre, socorro de nuestras tribulaciones, alegría

de nuestras penas, consuelo en todos nuestros trabajos! Vos sois la Reina del mundo, la Princesa del Cielo, el terror del abismo, la gloria del Paraiso, el regalo de los ángeles, la esperanza de los hombres, las delicias de la Trinidad beatísima; miradnos á todos con ojos benignos y piadosos, con entrañas compasivas y tiernas; cubridnos con el manto de vuestro Patrocinio, y colocadnos bajo la sombra de vuestras alas. Defendednos de nuestros enemigos, del mundo, del demonio y de la carne; dadnos firmeza y perseverancia en las virtudes, y conducidnos por los caminos de la gracia á la morada eterna de la gloria. Amen.